

Rezad intensamente por mi Iglesia, la barca de Pedro, que en estos tiempos sigue sufriendo violentos asaltos. Leed lo que yo, Jesús, dije en el Evangelio acerca de lo que debe suceder en los últimos tiempos, y releed las Epístolas de Pablo, mi Apóstol, sobre el mismo tema. Lean también las advertencias proféticas que se les han hecho en estos mensajes sobre el espíritu falso, el amor falso y la caridad falsa que, cada vez más, se extienden por la Tierra y tratan de gangrenar mi Cuerpo Místico, que se ha convertido en el cuerpo para derribar «malvados» - padres del mundialismo, seguidores de sociedades secretas, incluso satánicas, y de movimientos que defienden un ecologismo perverso o orientaciones sexuales desviadas.

Las dos lecturas de la Liturgia de las Horas de este domingo (1) me complacen especialmente porque suenan muy oportunas.

En primer lugar, en el pasaje de la Primera Epístola de Pablo a Timoteo, mi Apóstol, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ordena a su discípulo y niño en la fe prohibir a algunos enseñar otra doctrina que la mía (cf. 1 Tm 1, 1-20) : ¿no es ésta una advertencia intemporal que muchos de mis sacerdotes - e incluso de mis pastores - deberían recordar siempre?

Sin embargo, creyendo dar a mi Iglesia un rostro más humano y más acogedor, algunos se atreven también hoy a pronunciar, en nombre mismo de mi amor y de mi misericordia, discursos que se oponen totalmente a mi enseñanza y al del Decálogo, fielmente perpetuados por la Tradición de esta misma Iglesia. En esta Epístola, Pablo, que enseñaba a las naciones la fe y la verdad con vistas a la Vida Eterna, insistía en el hecho de que esta exhortación tenía por objeto devolver al amor que viene de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe sin fingir a quienes se atrevían a extraviarse.

Sé lo mucho que vosotros, mis pequeños, que queréis serme fieles viviendo una vida de santidad, tenéis dificultad en descubrir las consecuencias de las gestiones sinodales, que vienen con violencia a sembrar el desconcierto en vuestras mentes y en vuestros corazones. Porque entre las reacciones que pueden hacer algunos medios de comunicación - que saben tan hábilmente volver el hierro a la llaga - y las palabras ociosas de algunos de mis Pastores, que, por su parte, no hacen más que ahogar el pescado mientras que los fieles esperan de ellos un mínimo de claridad cuando se trata de cuestiones de dogma y de moral, os sentís por lo menos abrumados y desestabilizados.

Os lo he dicho, hijos míos, y lo digo de nuevo a toda mi Iglesia hasta su jefe supremo: que vuestra palabra sea «sí» si es «sí», «no» si es «no» porque así es como se expresa siempre la verdad: con claridad y transparencia. Todo lo que es más viene del Mal (cf. Mt 5, 37). Y esto es lo que debería resultar de este último sínodo: la claridad y la transparencia respecto a las posiciones adoptadas desde el principio y desde hace dos milenios por mi querida Iglesia sobre las cuestiones de dogma y de moral. Porque estas posiciones están basadas en las Sagradas Escrituras y transmitidas por la Tradición de la Iglesia para la unidad en la fe - lo que significa que no pueden ser cuestionadas en nada, ni por nadie (2).

Esta Iglesia, que es mi Cuerpo Místico, es santa, y por eso solo puede acoger en su seno a personas que desean tomar su cruz y seguirme por el camino de la perfección; personas que se comprometen, en la comunión de esta misma Iglesia, a permanecer, a pesar de sus debilidades y sus pobreza, fieles a mi enseñanza y a la caridad fraterna, utilizando la oración y los sacramentos para su propia salvación y el bien de toda la comunidad eclesial.

Por ello, por una parte y por otra, nadie debe partir sobre falsas bases ni siquiera sobre la menor concesión en la que prevalezca la confusión.

¿Por qué acusar a mi Iglesia de discriminar cuando cualquier club o asociación tiene sus propios criterios de selección y admisión?

Para los sacerdotes de mi Iglesia católica, está claro que, incluso bajo la presión de argumentos engañosos que los incitan a hacer «acto de caridad» - como fue desafortunado el caso para la «vacunación» no hace tanto tiempo -no deben realizar simulacros de bendición de uniones ilegítimas o parejas del mismo sexo (3). Aquellos que se permiten tales transgresiones deberían primero, frente a mi cruz, examinar su propia conciencia respecto a su vida moral.

Por el contrario, es correcto - e incluso justo y oportuno - que bendigan individualmente a estas personas si resulta que quieren entrar libremente en un proceso de conversión en el que se comprometen, por amor a mí, a vivir en la amistad y en la castidad absteniéndose de toda relación carnal - estas están reservadas a las parejas casadas - y, a fortiori, a las que se dicen «contra natura».

¡Por fin! Se trata, hijos míos, de mi Cuerpo Místico, y si es una persona que tiene legítimamente su palabra en este asunto, ¡soy yo, vuestro Señor!

No hago más que recordar a todos, bajo la pluma de mi mensajero, las consignas que ya encontraréis en las Escrituras y que ha repetido, a lo largo de los siglos, la Tradición de mi Iglesia. En verdad, es la llamada misma de estas consignas (cf. Jn 14, 26) la que es «acto de caridad», puesto que se refieren no sólo a la vida terrena de los interesados, sino también a su salvación y a su eternidad.

En estos tiempos en los que cada vez más parejas se separan, aunque hayan estado unidas por el Matrimonio, muchos se permiten ir a cohabitar con parejas - primero un primero, luego un segundo, a veces incluso un tercero o más según las circunstancias, con el pretexto de que ya no se aman, no se soportan más, o por otras razones generalmente tan fútiles unas como otras. A menos que sean víctimas de graves problemas psicológicos, incluso psiquiátricos - lo que podría entonces justificar, si se han unido ante Dios, una solicitud de declaración de nulidad de matrimonio -, estas parejas no han sido educadas en el amor oblativo, ni a la abnegación, ni a la fidelidad, ni siquiera a un elemental respeto del otro. A menudo, sus sentimientos se basan en el egoísmo, la sensualidad, la sensibilidad a flor de piel, el sentimentalismo o el beneficio. En cuanto a su fe, que no ha sido suficientemente iluminada o que es francamente moribunda, está más bien hecha de creencias más o menos sincretistas o esotéricas, que se basan sobre todo en sentimientos personales en detrimento de un sólido conocimiento de las Escrituras y del respeto de los Mandamientos.

Por eso, todas las extravagantes quejas que se remontan a las instancias sinodales no provienen, en verdad, de una mayoría de católicos fervientes y fieles a mi Iglesia, sino de una población que, aunque bautizada, sabe muy poco sobre la fe y los dogmas; y también de personas que se quieren más sabios pero que, contestatarios en el alma, quieren protestar y reivindicar derechos en nombre de una libertad engañosa, de una falsa moral, de exigencias que pretenden legítimas, y sobre todo de un «amor» puesto a todas las salsas que no tiene nada en común con Aquel que me llevó hasta la cruz para vuestra propia salvación, hijos míos.

Entonces, ¿debe mi Iglesia ceder a todas sus demandas - o incluso a algunas de ellas solamente? Si se oponen a la fe, a las costumbres o a la Tradición, ¡mi respuesta es «no»! Teniendo en cuenta la amplitud del desastre moral revelado por este sínodo, mi Iglesia debería más bien tomar conciencia, en sus más altas instancias, de la urgente necesidad de poner en acción caritativamente estructuras que puedan acoger a todos estos pecadores, por los que he venido (cf. Lc 5, 32), y iniciarlos, sin vacilación alguna, en la Palabra, en los mandamientos y en las exigencias de la vida cristiana. También es necesario aconsejar

a los que más lo necesitan - especialmente a las víctimas de adicciones de todo tipo - que consulten a los profesionales de la salud para ayudarles a curar sus heridas internas.

Porque no he venido para integrar en mi Iglesia a pecadores de todo tipo que no tienen, en realidad, ningún deseo de conversión. He venido a decir a estos mismos pecadores que los amo y que los invito a unirse a mi Iglesia, donde se celebran las Bodas del Cordero. Sin embargo, antes de entrar, deben tener el vestido blanco requerido (4), es decir, haber sido previamente enseñados, purificados, y haber renunciado libremente a Satanás, a sus bombas y a sus obras. De lo contrario, el Rey no puede permitirles participar en el banquete de bodas de su Hijo.

En segundo lugar, queridos hijos, leeréis el texto de mi santo Papa Gregorio sobre el discernimiento que deben mostrar los pastores de almas - sacerdotes, superiores y obispos - en sus discursos.

En efecto, bajo la acción de mi Espíritu, san Gregorio exhorta a estos últimos a decir con franqueza lo que está bien en un lenguaje claro que no puede ser mal interpretado. Tampoco deben callar la verdad por miedo a perder la benevolencia de los hombres. Porque algunos, por ser demasiado tímidos y faltos de sabiduría, tienen miedo de culpar a los culpables y prefieren prometerles seguridad antes que revelarles su verdadera indignidad.

Por eso san Gregorio anima a los pastores de almas a adoptar sin rodeos un discurso de reprensión que haga descubrir al pecador su culpa con el fin de instruirlo mejor. También los exhorta a tomar la fuerza para defender el rebaño oponiéndose a las potencias de este mundo y resistiendo a los adversarios desleales por amor a la justicia.

Lo recuerdo de nuevo, siguiendo a Pablo: no lucháis hoy, mis pequeños, contra seres de carne y sangre pero contra los poderes de las tinieblas - los espíritus del mal - y solo por no dejar nunca el escudo de la fe y blandiendo la espada del Espíritu - es decir, mi Palabra, sin añadir nada ni atrincherarme (cf. Dt 4, 2) - que podréis apagar las flechas encendidas del Mal (cf. Ef 6, 11-17).

Orad, pues, queridos hijos míos, sin desanimaros, por los que, entre mis sacerdotes, mis pastores y también mis ovejas, se dejan cegar por las falsas doctrinas, por el falso amor y por el espíritu del mundo. Desconfiad de las utopías de este tiempo, que no son más que mentiras y quimeras difundidas por los «malvados», que quieren infiltrarse en mi Bergerie y alejar de mí a sus ocupantes. Poned vuestras penas y sufrimientos presentes a los pies de mi cruz, pequeños míos, y les haré producir para vosotros su eterno peso de gloria (cf. 2 Co 4, 17).

Os doy mi bendición.

Jesús